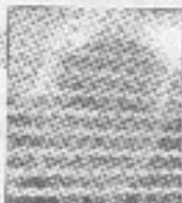


PDP ART

## Un cerro para Gabriela



Martín Huerta

**EL DENTRISMO**, lo contemporáneo en términos judiciales, es una extraña veleidad en la idiosincrasia "chilena". Una señal entre miles: En 1945, Gabriela Mistral fue galardonada con el Premio Nobel de Literatura, más me gustaría añadir: ¿El premio nacional? Lo recibió seis años después, en 1951. ¿El municipal?... Moya.

Ahora que se celebran en Chile los 60 años de esa efeméride, todos corren y se esfuerzan en los reconocimientos tardíos. Quiero recordar que dos años después de recibir el galardón, cuando Gabriela Mistral residía en Montevideo, tuvo noticias de que en Chile se le erigiría un monumento, una estatua erigida por Laura Rodó, para lo cual se habían recaudado 250 mil pesos de la época; obviamente se preguntó: ¿Para qué le de querer yo reconocimientos ahora?—dijo. Año siguiente y con el alfiler a la ventada escribió al valle y a su amiga Isolina Barrera le pidió que ese dinero fuera para las necesidades de los niños pobres de Montevideo. Como las autoridades, seguramente para aplacar su tardanza, se tomaron majaderías con el ofrecimiento, Gabriela a quien no le encantaba hablar de sus ambiciones, dijo: "Si insisten en homenajes que al parecer nunca antes merecí, que elijan un cerro de mi valle que lleve mi nombre". Punto.

Las autoridades quedaron de una pieza y obvio, la petición de la poeta pasó a formar parte de las herramientas del olvido. Quien no lo olvidó fue José Chapcochick.

A José, "El Turo", para mí, lo conocí extrañamente en otra rincón similar al valle de Gabriela: en el valle del Huasco. Situámonos en la década del '50 de mi infancia cuando el hombre era vendedor viajero de enseres domésticos y además, traficante de fuegos artificiales, cosa que para el Comisariato de Pocos era pasado mayor y, por lo tanto, castigado con las penas del infierno. Posteriormente, por los '60, la época dorada de la cultura en Chile, el desencanto y el frenesí de la vida, donó a José en Santiago en el restaurante El Bordo, singular antes de reunión de la bohemia santiaguina. Ahí oficiaba de próspero industrial juguetero, poeta e integrante de la Sociedad de Escritores de Chile, miembro del Pen Club, del Instituto Rubén Darío, miembro de número de la Academia Iberoamericana de Poesía, España, del Grupo Fuego de la poesía y del Ateneo.

Pero, el hombre se había vuelto loco... Cogió para sí el caprichoso deseo de Gabriela Mistral e inventó parte de su vida en ese turo. ¿No sabía lo que le esperaba?

Formalizó un proyecto. Visitó el Valle de Elqui y recorrió sus angosturas, trepó y masajó cerros, conoció el desdén de las autoridades provinciales, estuvo con Isolina

y escuchó su premonición: Nada te será fácil, hijo; correrás las penas del infierno, pero... ¡Adelante con los sueños!

De vuelta en Santiago, la manía homicida se tornó agobiante. Por años elevó peticiones a los gobiernos, se trenó con los del Instituto Geográfico Militar, elevó peticiones al cielo y corrió 856 cartas a ministros, dignatarios eclesiásticos, Papas, presidentes, embaajadores, a las Naciones Unidas, a reyes y dictadores de todo el mundo. Todas las cartas del extranjero recibieron respuesta. Desde Chile, sí le síste. Así, con esos vanidosos presagios siguió su fama. Descendió y perdió su empresa juguetera, se echó tonches eucorinos encima, cogió deudas y, lo peor, su mujer lo llamó a terreno: ¡O dejas eso del cerro o me voy con los niños!—dijo perentoria. Y como no depuso las elegancias, se fue. Chapcochick había empezado a pagar las penas del infierno: Tal vez por eso del tráfico de hongos—dijo ya.

Después de años de lucha, de aplazar calles, de sumer-

**Gabriela a quien no le encantaba hablar de sus ambiciones, dijo: "Si insisten en homenajes que al parecer nunca antes merecí, que elijan un cerro de mi valle que lleve mi nombre". Punto.**

girar en oscuras bibliotecas y hacer antecelas infinitas, pese a todo, algo definitivo se vislumbraba en el ambiente y al fin, Chapcochick consiguió el permiso notarial de un particular dueño del cerro El Turo le frente a Montevideo, el mismo que Gabriela veía cada mañana de su infancia y lo llamaba "centinela de las nubes y de los aires elquinos" para pasar ahora a llamarlo Cerro Gabriela Mistral. Había sacado adelante el proyecto. Durante la ceremonia de bautizo y cambio de nombre, el 7 de abril de 1991, Montevideo era un hervidero de autoridades.

"El Turo", un ser amansado, un loco lindo, sin más que resaca, hizo realidad lo que pidió Gabriela Mistral a Chile: que un cerro del valle de sus niños perpetuara su nombre. Gabriela dejó escrito: "En montañas me crié / con tres docenas de abuelas. / Parece que nunca, nunca, / aunque me enseñó la marcha. / Ni cuando es día, ni cuando es noche estrechada. / Y aunque me iba en las faldas la cabellera nevada. / Las dejé, ni me dejaron como hija recordada".

Luego del trujoso pos-parto, José invitó lo que le quedaba de vida, esta vez para recuperar a su familia. José, amigo: un recuerdo para ti en esta época de celebraciones y olvido.

# Un Cerro para Gabriela. [artículo] Martín Huerta

Libros y documentos

## AUTORÍA

Huerta, Martín

## FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Un Cerro para Gabriela. [artículo] Martín Huerta. retr.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile